

PENÍNSULA ODISEAS

Alfonso
Armada
Cuadernos
africanos



**Cuadernos
africanos**
Alfonso Armada

Prólogo de Pedro Rosa Mendes

ediciones península

© Alfonso Armada, 1998, 2002, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: noviembre de 1998
Primera edición en este formato: abril de 2019

© del prólogo: Pedro Rosa Mendes, 2002
© de las fotografías: Alfonso Armada/*El País*, 2002

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

GAMA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 4.851-2019
ISBN: 978-84-9942-803-1

Contenido

<i>Zambezeando en un diario</i> por PEDRO ROSA MENDES	11
--	----

CUADERNOS AFRICANOS

<i>Prólogo a la edición de 2019</i> 25 AÑOS DESPUÉS DEL GENOCIDIO	21
<i>Nota a la segunda edición</i>	29
<i>Prólogo</i>	31
PRIMER CUADERNO	47
SEGUNDO CUADERNO	133
TERCER CUADERNO	209
CUARTO CUADERNO	333
QUINTO CUADERNO	415
<i>Epílogo</i>	481
<i>Índices</i>	491
<i>Siglas, acrónimos y extranjerismos más frecuentes</i>	493
<i>Mapas</i>	495
<i>Referencias de los artículos de «El País»</i>	497

MADRID

Sábado, 9 de abril, 1994

Me dirijo al hemisferio más oscuro y resplandeciente. Un equivalente corazón de las tinieblas: el que yo habito, el que de alguna manera busco, como si en el peligro y la desolación humana hallara una suerte de sentido. Explicar ese fracaso del hombre, verlo con mis propios ojos y relatarlo después, casi de inmediato, desde la orilla ardiente del hemisferio: realidad, pesadilla, toda esa muerte alrededor.

Domingo, 10 de abril

Escombros de relojes. Un cuarto creciente. Como la luna. ¿En qué cuadrante de la luna desembarco en Kigali? ¿Toca caza, toca olvido, toca memoria, toca muerte sin contemplaciones, toca honrar los cadáveres, toca plantar, toca resistirse, toca esperar y ver? Escombros de nuestro destino. Allí no se fabricaron esos magníficos artilugios de fuego. He ahí una cuestión. Lo peor y lo mejor de ellos y de nosotros. No hay por qué idealizar al buen salvaje anterior a nuestra irrupción en sus vidas—si es que esa ficción de Occidente existía—ni de convertir todo nuestro mundo en chatarra ideológica al servicio del imperio del mercado y las migajas de la nada. No hay por qué. Escribo y me preparo. Como si fuera una especie de budista. Para la acción y para la calma, no para el sacrificio. Escribo y limpio un mínimo trozo de selva para mí, aparto un matorral. ¿A salvo? ¿Quién puede

estarlo? Digamos, banalmente, que se trata de mi oficio, y que en él coinciden unas cuantas circunstancias. La vida seguirá siendo—todavía—un bien valioso.

Lunes, 11 de abril

Yo no sé cómo se columpia la luna sobre las montañas de Ruanda, ni si podré acercarme hasta Kigali. Yo no sé casi nada de África: estoy adentrándome en un río que es un libro tenebroso. Pero se trata de la vida: lo más precioso, que allí tanto, tan generosamente, se derrocha.

Martes, 12 de abril

En días como éstos, todos los diarios son el mismo diario. El corazón marca su contrapunto mientras el rostro intenta distinguir los perfiles reales de las cosas en medio del polvo y del fragor de la batalla. ¿Qué batalla? La del miedo y la de la claridad imposible de las cosas, adentrarse en el polvo, cautelosamente, probar el sabor de la niebla, ser un poco más, bajar al otro lado, volver.

RUANDA SE AHOGA EN SANGRE MIENTRAS
EXTRANJEROS Y NATIVOS HUYEN DEL HORROR

Desde el ciclo nocturno, Kigali, la capital del diminuto Estado africano de Ruanda, es un belén mortecino. Desde el suelo, el pánico y la desesperación se concilian extrañamente con la calma de los soldados belgas que protegen la evacuación de los últimos de Kigali. Extranjeros y nativos huyen de un país ahogado en sangre. Cincuenta niños, de entre dos y siete años, del orfanato de Sake, 40 kilómetros al sureste de Kigali, embarcaron ayer rumbo a Nairobi. Pese a compartir con los demás el color de la piel, tenían algo que les hacía diferentes: 30 eran belgas y 20 italianos. Poco después, el intenso bombardeo sobre el aereo-



puerto cortó en seco el puente aéreo. En las calles de Kigali dejaron atrás una alfombra de cadáveres. Las tropas gubernamentales fueron incapaces de resistir el avance de los rebeldes del Frente Patriótico Ruandés (FPR), que ayer lograron controlar casi por completo la ciudad. Seis proyectiles lanzados desde una posición rebelde cayeron en el aeropuerto a primera hora de la mañana, después de una noche relativamente tranquila. Poco a poco, el fuego de artillería pesada se fue multiplicando por toda la ciudad.

La situación se está volviendo insostenible en Kigali. Los tutsis completan el control de la ciudad y todo el mundo intenta huir cuando está a punto de expirar el ultimátum lanzado por el FPR a todos los extranjeros para que abandonen el aeropuerto. Los últimos 400 *cascos azules* belgas dejarán el país cualquie-

ra que sea la decisión que adopte el Consejo de Seguridad. Un grupo de doce reporteros también solicitó la evacuación inmediata.

Ayer se cumplió una semana del brutal asesinato de los presidentes de Ruanda, Juvenal Habyarimana, y de la vecina Burundi, Cyprien Ntaryamira, ambos de la tribu hutu. Un cohete, cuyo origen sigue siendo incierto, desencadenó una matanza que los observadores más ponderados evalúan en varias decenas de miles de víctimas. A la venganza inicial, aplicada por la guardia presidencial hutu, que se dedicó a la caza y captura de tutsis y de opositores al régimen de su misma etnia, ha seguido el avance tutsi.

Desde la frontera con Uganda, al norte, donde siempre han encontrado cobijo y respaldo, unidades del rebelde FPR han devuelto golpe por golpe y hachazo por hachazo. Cada país tiene sus particulares tratos con la violencia y la muerte, y tanto tutsis como hutus comparten la afición por abrir a golpe de mazo o de machete el cráneo de sus enemigos. Sin embargo, las armas automáticas, los helicópteros (de patente francesa) y los morteros tienen también su papel. Entre las víctimas inocentes se cuentan 30 trabajadores de la Cruz Roja; la peor matanza en los anales de la organización.

El avión de carga del Ejército belga apagó las luces de navegación y enfiló la pista del aeropuerto de Kigali. Las tropas del FPR se encontraban a menos de cuatro kilómetros de las pistas. Cuando se abrieron las compuertas del C-130, el espectáculo de la noche de Kigali se franqueó como una flor de pesadilla. Los faros de los *jeeps* arrancaban sombras duras de la aeronave, mientras las aspas del avión dibujaban sobre una pared de cal vieja la marcha de un ventilador descomunal. Un convoy se acercaba en medio de las sombras. Del último vehículo, con las letras de Naciones Unidas pintadas al costado, se bajó en marcha un hombre descompuesto y con los brazos en alto: «¿Qué están haciendo? ¿De Nairobi? ¡Están locos, hay que evacuar a todo el mundo, hay que salir de aquí antes de que lleguen los

rebeldes! ¡Han lanzado un ultimátum y matarán a todo el que se quede!».

Desde camiones descubiertos y desvencijados, los niños de Sake miraban en silencio, con los ojos desorbitados. Algunos, heridos; otros, en brazos de soldados y de enfermeras. El pánico parecía a punto de desatarse. Pero hacía un buen rato que la noche se había apiadado de la maltratada Kigali y el estruendo de las armas automáticas se había extinguido casi por completo. El terror del funcionario de la ONU fue desactivado por los soldados belgas. «Tenemos órdenes de disparar si se deciden a atacar el aeropuerto, y pueden estar seguros de que lo haremos», declaró un capitán.

Los belgas tratan de mantener la calma. El jueves pasado recibieron un golpe durísimo. Ayer fueron repatriados los cadáveres de los diez soldados asesinados al día siguiente del magnicidio. Los diez ataúdes escondían un terrible secreto: antes de morir, las tropas hutus les arrancaron los ojos, les cortaron los tendones y les desfiguraron por completo. «A algunos sólo fue posible reconocerlos por los tatuajes», confesó un soldado lleno de rabia.

Desde la nave central del aeropuerto de Kigali, mientras los niños del orfanato de Sake embarcan hacia Nairobi, el silencio parece una emboscada. Centro de operaciones del ejército belga (los únicos que siguen aquí, junto a un contingente de 500 italianos y soldados de Bangla Desh), se ha convertido en un improvisado hotel para la prensa internacional.

El vuelo nocturno de regreso a Nairobi de los huérfanos de Sake era uno de los últimos. El funcionario de la ONU, esta vez en flamenco, instaba a huir de allí cuanto antes. Parecía un profeta del apocalipsis con niqui azul. Pero el fin del mundo no estaba previsto para el miércoles. Kigali se ha vuelto una ciudad fantasma después de una semana de matanzas. «Las calles están llenas de cadáveres. Estuve en un hospital del centro y había cadáveres por todas partes: en las camas, en los pasillos, en los accesos». Testigos aterrados y apesadumbrados traían los ojos llenos de sangre y llevaban la novedad a Nairobi y más allá.

COSECHA DE MUERTE EN GIKORÓ

Hay una monotonía de la muerte que congela los labios e idiotiza la sonrisa. Es una expresión que abunda en Ruanda, un diminuto proyecto de país en el centro de África que parece haber convertido la sangría en un método contra la superpoblación. A pesar de las matanzas, que se suceden como una fatalidad, entre tutsis y hutus, sigue siendo el país más densamente poblado de un continente que para Occidente no existe más que por la sangre. El miércoles, a las seis y media de la tarde, 1.180 tutsis cayeron bajo los machetes, las mazas, las lanzas, las granadas y los disparos de los extremistas hutus. La matanza fue en Gikoró, 40 kilómetros al este de Kigali, no lejos de la frontera con Tanzania. Ayer, en medio del amasijo de cadáveres, miembros amputados y zapatos perdidos en un archipiélago de sangre, un brazo se mecía pidiendo dulcemente auxilio. Nadie, ni yo mismo, se lo prestó.

Buceadores de combate en Ruanda. Los italianos de la base naval de La Spezia parecen una panda de piratas. Amigables y nerviosos, armados hasta los dientes, salen de patrulla, con pañuelos en la cabeza y en la cara, para rescatar a tres sacerdotes que han quedado aislados en el territorio sin ley en que se ha convertido Ruanda, la tierra de las mil colinas. A las puertas del edificio del aeropuerto de Kigali han dormido los tutsis del FPR. Si aguzaban el oído, los centinelas belgas podían oírles respirar. El amanecer despertó a los combatientes tutsis y hutus, que en seguida se pusieron a la tarea. La victoria parece al alcance del FPR. Es un ejército disciplinado, que desprecia a los radicales hutus que, amparándose en la mayoría (son el 85% de la población), han cometido, esta vez, las mayores atrocidades.

Como en la iglesia de Musha, en el poblado de Gikoró, donde el croata Danko Litric y el esloveno August Horvat, los dos sacerdotes católicos, habían logrado crear desde hace seis años una especie de Yugoslavia bien avenida. Resultó un pavoroso fiasco. Los dos curas, encerrados en la casa de la parroquia des-

de la tarde del miércoles, no pueden ocultar la amargura, las lágrimas, el pavor. Ahí, a la puerta de su humilde iglesia de ladrillos amarillos, están tendidos los inocentes, sus feligreses.

«Imposible contarlos», dice Horvat estrangulando una lágrima que se le escapa por el rabillo del ojo. Sentado en el suelo de la furgoneta, escoltado por la artillería italiana, huye de su cosecha. Él no quería que fuera de sangre, pero ahí están todos. Decenas de cadáveres que, es cierto, no se pueden contar. Niñas con la boca congestionada en un último dibujo de dolor, niños en posturas inverosímiles, ancianos despedazados, mujeres con el cráneo abierto. Aquí hay un brazo que ha perdido a su cuerpo, aquí restos de una mano. Abrazados, entrelazados, amontonados en una huida que no les llevó a parte alguna. Una muchedumbre destrozada. Un campo de cadáveres, con zapatos huérfanos, porque también en Ruanda los muertos pierden los zapatos en el camino al más allá. El padre Litric, que logró contactar con el contingente italiano para pedir auxilio sí tiene la cifra: 1.180 muertos. Además de la iglesia, el centro cultural de Musha y una casa de Cáritas se convirtieron en albergues de la muerte.

Dentro de la iglesia, la piedad ha huido un poco más. Las moscas revolotean sobre los cuerpos inmóviles que habían formado una especie de pira alrededor del altar, como si en el último momento hubieran buscado una ayuda que no les pudo llegar. «Han sido los hutus. Todos los muertos son tutsis», dice el padre Horvat, que dice adiós con una mano incapaz de bendecir: adiós a los que quedan, parados e impassibles a la puerta de sus casas. Como si ya fueran incapaces de llorar. Igual que el grupo de muchachos que, sentados al otro lado de la calle de la matanza, frente a la iglesia, con mazas y varas entre las piernas, contemplan en silencio a los italianos, que se muerden los labios y maldicen tanto horror. Pasa un Toyota cargado de guerreros en camiseta y un cabo con una ametralladora pesada tiene que escupir para no replicar con más brutalidad a la brutalidad. «Mira que no poder hacer nada contra esos bestias. Porque éstos han sido».

En medio del mar de sangre, ropa, miembros, cuerpos que gritan en silencio una oración por Ruanda, un brazo se mueve. Es un arco lento. De la masa violeta y escarlata asoma un brazo desnudo, como un náufrago perdido en el océano. «No podemos hacer nada. No es nuestro cometido», dice el comandante italiano. Al cabo de un rato, el brazo hace el camino inverso. Como una señal silenciosa, una contraseña para alguien que no quiere ver. Insisto ante los soldados, pero nadie mueve un dedo. Cuando regresamos de rescatar a un sacerdote belga en el pueblo de Umudugudu, el brazo se ha quedado por fin quieto, enhiesto, como el asta de una bandera invisible. Y es que a los muertos ya no les quedan enemigos ni a las víctimas más tormentos. Entonces se desata un viento tropical y rompe a llover contra las pistas de tierra y los campos de Ruanda. Tal vez la sangre que abona sus campos desde hace décadas haya contribuido a forjar la hermosura de la tierra de las mil colinas. El precio es un abismo. La miseria no ha retrocedido un milímetro.

.....

NAIROBI

Sábado, 16 de abril

Los primeros charcos de claridad manchan el cielo de Nairobi, un cielo grande en el que navegan sin agobios más estrellas que en todo el hemisferio Norte. Todavía no siento el peso del Ecuador sobre mis hombros, sino la humareda de estos cuatro días sin tregua, desde el miedo, la angustia casi, a mi partida de Madrid (en la tarde del martes, cuando hasta mi jefe, Luis Matías, vino a despedirme a la puerta del periódico) hasta el encuentro con la muerte en Gikoró: todos aquellos cadáveres esperándome allí, individuos al fin y al cabo, aunque convertidos en puro escombros humano por la aplicación de las armas. Ahora es sábado y apenas si puedo trazar las líneas que pasan por mi mano: como si fueran días, como si África hubiera empezado a instilar

en mi alma las primeras fiebres verdaderas de mi vida. ¿Crecer? A duras penas, es como si siempre estuviera en el mismo sitio. Tampoco en África estoy dispuesto a renunciar del todo al viejo sueño de seguir jugando con la seriedad de un niño, como quería Nietzsche.

Martes. Madrid-Bruselas. Un encuentro con Lola. Humor contra el miedo.

Martes a miércoles. Bruselas-Nairobi. El largo vuelo hacia el fin del mundo: intentando no pensar, pero no dejando en ningún momento de hacerlo. Pensar.

Miércoles. Nairobi. La espera en el mismo aeropuerto. Un avión militar. Kigali. Otro aeropuerto fantasmal: sombras, huérfanos de misiones italianas y belgas. El pánico que amenaza con extenderse. Pero en la acción se diluye el miedo.

Jueves. Los italianos de La Spezia. Buceadores de combate. Y el encuentro brutal, inesperado, con la matanza de la iglesia de Musha, en Gikoró. El regreso a Nairobi con las fotos de tanta muerte. La discusión, amarga, con las grandes agencias. El cansancio.

Viernes. En Nairobi. Volviendo en mí. Algo de tiempo. Lo que aprendo de un taxista keniano. La lentitud.

KIGALI

Lunes, 18 de abril

La noche de Kigali. En el hotel Meridien, no muy lejos de la línea del frente. Pero los artilleros parecen haberse retirado a cenar. Todavía no son las siete, pero la noche es espesa e intransitable. ¿Quién sería capaz de arriesgarse por

Le
MERIDIEN
UMUBANO
KIGALI

Nom du Fournisseur

esas calles solitarias ahora que los milicianos salen de las sombras con sus machetes y sus mazos a dar buena cuenta de los otros? El hotel y el mundo exterior parecen en silencio. Pero la noche será larga. Tiempo para dormir, para quedarse a solas con uno mismo, aunque yo no lo esté aquí, a salvo con mi compañero de la agencia Efe. Si nos asomamos a la ventana de la habitación veremos el inmenso resplandor del hospital de Kigali, donde la muchedumbre se arremolina. Como en el estadio. Lugares a salvo de la matanza. La guerra urbana la ha arrancado de sus hogares. Las mil colinas se reducen aquí a varias pendientes, cimas y vaguadas que esconden a unos y otros, perseguidores de una victoria a toda costa. Sombras de la batalla. Sombras nada más. Como todo lo que pueda escribir en mis cuadernos, en mi memoria, tan incapaz de darse buena cuenta de lo que en Ruanda está muriendo entre tutsis y hutus.

La noche de Kigali. Mi propia noche. Hoy, al menos, no dormiré en el suelo del aeropuerto. Ésta es una inmensa habitación. La 519. Hotel Meridien. Kigali. La capital de un diminuto, hermoso y superpoblado país, fronterizo con Burundi, Uganda, Zaire y Tanzania, completamente desconocido para mí hasta hace unas semanas.

La noche de Kigali. Lejos de todo lo conocido. Lejos de mis deseos e incertidumbres. Lejos de Madrid, de lo que conozco y de lo que sospecho.

La noche de Kigali se ha quedado quieta, silenciosa. Esta habitación parece a salvo. Las plantas, mientras tanto, hablan con las sombras y los duendes de la noche. Los hombres, mientras tanto, afilan sus machetes, acaso se arrebujan: en el áspero cemento del estadio nacional, en el hospital, en las habitaciones cercanas. No es tarde. Pero no es posible aventurarse ahí fuera. La noche es aquí de los crueles, de los que comercian con el miedo. La noche de Kigali, lejos de la noche del lago Victoria y lejos de la noche de Nairobi. ¿A salvo? Tal vez. Ahora se han quedado quietos los artilleros. Los fusiles se enfrían. No sé muy bien para qué sirve la pluma. En el país de las mil colinas busco un rincón donde conciliar el sueño.

NAIROBI

Martes, 19 de abril

Acaso sea ahora tiempo de callar. Porque ya escribí mi historia del infierno. Porque ya bajé al corazón de las tinieblas. Porque he decidido volver a casa. Porque no voy a volver a quedarme. Porque ni siquiera me queda el derecho de llorar. Aunque lloré en el taxi que me llevaba al aeropuerto: para irme de aquí, ahora lejos de África, lejos de todos estos hombres y mujeres que he visto morir ante mis ojos: condenados. Sin ninguna esperanza. Esto no son más que retales. Ni siquiera palabras. Ni siquiera sentimientos. Ni siquiera un pálido «Dios mío».

Mi memoria rota de Kigali. La luna entre las palmeras. La ciudad muerta. Las colinas que ocultan: una trinchera, un cadáver, una pequeña horda de jóvenes con machetes, pinchos, arcos, flechas, mazas, nada en la mirada.

Y mi hojita roja de Kigali.



 EL CORAZÓN DEL HORROR LATE EN RUANDA

Si alguien quiere saber dónde late ahora el corazón de las tinieblas no tiene más que visitar el estadio de Kigali. Bajo las gradas, con los pocos enseres que han podido salvar y algunas cabras, miles de ruandeses viven y mueren cada día. La sangre fresca se mezcla con el barro, los muertos con los vivos, los he-

ridos con los aterrorizados, los enfermos de malaria y disentería con los sanos, que cantan para apagar el fragor de las explosiones. «Están disparando contra la gente. Pero no podemos hacer nada. Esto es un holocausto», exclama, con los ojos en blanco, el capitán Morshed, uno de los 500 *cascos azules* bengalíes que resisten, amigables y asustados, el aguacero de muerte. Son las diez de la mañana y ya han muerto 30 personas y 70 han sido heridas. «No hay vendas, no tenemos agua ni medicinas. No hay nadie de la Cruz Roja ni del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. Esto es un infierno». La catástrofe humanitaria que padece Ruanda, donde ya han muerto decenas de miles de personas, es imparable, mientras las unidades belgas de la ONU abandonan el terreno y los bengalíes comienzan a imitarles. Ruanda parece condenada a su suerte.

Si alguien quiere conocer el rostro del horror no tiene más que volar desde la tranquila Nairobi: dos horas de viaje en un avión militar sobre la hermosura incomparable del lago Victoria. En Kigali, la capital de Ruanda, el estruendo de los cañonazos y las ráfagas de ametralladoras se multiplican en el cráter del estadio Amahoro ('paz', en kinyaruanda, el idioma oficial junto al francés). Las fuerzas del FPR, que controla las proximidades del estadio, disparan sus morteros contra las tropas del Gobierno provisional y de la guardia nacional, que replican con morteros y artillería. En medio, el blanco es el estadio.

Hay muertos sobre colchonetas tendidas en el campo, cinco cadáveres aún calientes. «En la parte de fuera hay 22 muertos más. Estaban durmiendo allí, al raso, cuando un mortero les mató esta mañana», dice el capitán Mosaddeq, también de Bangla Desh, la nación que, con 800 hombres, ha contribuido en mayor medida a la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas a Ruanda (Minuar). Una misión fracasada. Las elecciones previstas para el año próximo no son más que un sueño imposible. Ruanda, uno de los países más castigados del mundo, retrocede unos años cada día. Hay heridos en medio de colchones man-

chados de barro, atados de ropa, cazuelas que hierven un líquido sombrío, cabras que ramonean la hierba inútil del estadio. Y un rastro de sangre fresca, aguada, que no se quiere coagular y que lleva a la enfermería.

El dispensario es un cuarto infame, un antiguo depósito de material atlético. Un manojó de pértigas azules comparte estantería con trapos y una botella de desinfectante. Es todo el material clínico que hay. El suelo, de cemento, se pega a los zapatos: una película de barro con charcos de sangre. Muchachos y hombres, sanos y heridos, se aprietan contra las paredes. Voluntarios de la Cruz Roja, con un mandil que exhibe una tosca cruz roja pintada a mano, tratan de ayudar. Los dos únicos médicos se muestran impotentes. «No podemos hacer nada», dice Prudence Sinigenga, un joven doctor de Kigali. Su compañero, que no quiere dar el nombre, trata de disimular las lágrimas que le arañan los ojos. Su asistente se apoya en un estante. Tiene malaria. Otro bombazo hace que las gradas se estremezcan hasta los cimientos. Todos, en esta sórdida enfermería del fin del mundo, se agachan instintivamente para protegerse del nuevo golpe. Vivir siempre es mejor que morir. Incluso en Kigali.

En un folio, escrito a bolígrafo, está reflejado el parte médico desde el pasado 15 de abril: 20 heridos graves, 150 heridos de diversa consideración, 150 enfermos de malaria, 115 con diarrea, 32 con disentería. «En lo que va del día, 30 personas han muerto y 70 han sido heridas». Y no son más que las diez de la mañana. A las cinco, cuando las sombras de la noche todavía no se habían disipado, empezó otra vez la guerra. Desde el pasado 8 de abril, dos días después de la muerte del presidente del país, Juvenal Habyarimana, en un accidente aéreo que según sospechan fuentes de la ONU fue un atentado, la gente de Kigali y de los pueblos limítrofes empezó a buscar refugio en el estadio. En su recinto, 100 personas han muerto y más de 500 han sido heridas. Una furgoneta de Naciones Unidas, con tres heridos en la trasera, se abre paso a bocinazos. Va camino del

hospital, «pero aquello está mucho peor», dice el capitán Mosaddeq.

Una tanqueta blanca de la ONU bloquea la entrada principal. En la garita de las taquillas, dos jovencísimos soldados bengalíes se guarecen del miedo y del aguacero de fuego. En la explanada central, la bandera de Ruanda ondea a media asta. A los lados, el viento, indiferente a todo, agita las enseñas de Bangla Desh y de la ONU. Sobre la fachada, los bengalíes han escrito con grandes caracteres: «Día de la independencia de Bangla Desh». Como casi todo en Kigali, el tiempo y el espacio se han vuelto una pesadilla. Junto a los comercios reventados que daban vida a la avenida del estadio, un anuncio de cerveza calma la sed: «Guinness is the power».

«No hay agua, no hay medicinas, no hay comida. Esto es peor que el infierno», dice el capitán Morshed, que en su cámara guarda «imágenes terribles». «Hacemos informes todos los días, pero nadie hace nada. Civiles y *cascos azules* somos el objetivo de las dos partes. No podemos hacer nada. Compartimos nuestra comida con ellos. Pero estamos atados de pies y manos por el mandato de la ONU». No es de extrañar que los belgas se fueran después de haber visto cómo torturaban y asesinaban a diez de sus compañeros, que habían entregado las armas, siguiendo las instrucciones de la propia ONU. Ayer, 300 bengalíes amontonaban sus enseres a la entrada principal del aeropuerto internacional de Kigali. El éxodo parecía imparable. Las fuerzas de paz abandonan Ruanda, el Consejo de Seguridad calla, el Ejército ruandés (hutus) y la guerrilla del Frente Patriótico Ruandés (tutsis) pelean por cada metro de Kigali en un frente que abarca toda la ciudad, y la población muere de todas las formas posibles, en un sufrimiento que no tiene fin. Pero el mundo no tiene ojos para esta nueva tragedia en el corazón de África. Las tinieblas avanzan.

BRUSELAS

Jueves, 21 de abril

Pablo me pregunta qué es lo que voy a hacer. Pablo está a punto de irse al colegio de la mano de su madre. Acaba de pasar el tren y la casa de Lola en Bruselas vuelve a recobrar el silencio. Pero el ruido del tren queda amortiguado por la espesura de los cristales, el pequeño jardín, las azaleas. Es ésta una casa hermosa, como sus habitaciones, y acaso la mejor cura después de una temporada en el infierno. Es un día gris en Bruselas. He dormido como un niño en la cama blanca de Pablo. Ahora veo que los trenes siguen pasando y en esta casa podría volver a escribir despacio acerca de todo lo que he visto, de las hojas rojas de Kigali, de las colinas, los cadáveres, la noche estrellada, mi torpeza con la brújula. Podría volver a describir la fuerza de la muerte, la desesperanza en su grado más exacto. Las ramas de un árbol de otoño reptan por los azulejos de la cocina. La casa es de 1907, de techos altos, escaleras de madera viva, y hay flores, hermosos cuadros y todo lo que uno ha podido desear alguna vez para hacer la vida algo mejor, todo lo que uno ha descado para sí mismo y para África: como ese mínimo jardín trasero, donde la lluvia puede estamparse a gusto, las vías del tren y las fachadas de otras casas de ladrillo con tejados a dos aguas y chimeneas belgas. El cielo está gris. De mí no sé decir. Algo se va cerrando en mi interior, como si el corazón fuera una roca caliza, y todavía no me atrevo a poner la mano en su dibujo.

MADRID

Domingo, 24 de abril

El cielo está gris. A punto de romper otra vez. Como al salir de Gikoró camino de Kigali. Con toda aquella muerte detrás. No tenía miedo. Los soldados iban bien pertrechados, armados hasta los dientes, y acaso eso les hiciera más vulnerables que a mí: sin chaleco antibalas, sin casco, tan sólo con un bolígrafo,

un cuaderno y una cámara fotográfica. Todo aquello ha quedado atrás. Pero los rastros de la memoria son otros: estratigrafías, petroglifos en la cara oculta de lo que escribo, de lo que veo, de lo que siento cuando me encuentro con el horror. «¿Qué buscas en el horror? ¿De qué te redime?». Es lo que Anne me pregunta. Pero no creo que se trate de redención. Soy testigo de este tiempo. Y no quiero cerrar los ojos, ni taparme los oídos. Salí con vida: yo tengo aquí una vida aparentemente a salvo, aunque los sentimientos me tiendan trampas que no sé cómo descifrar.

.....

NAZISMO TROPICAL

Todo el país es un lagar: la sangre se mezcla con el barro, los vivos con los muertos. Todo un país está siendo *limpiado étnicamente* ante el espanto y el silencio del mundo. Porque los gritos de los que agonizan no se oyen aquí. Medio millón de muertos. La guerra civil española se cobró, según los últimos recuentos, cerca de 500.000 víctimas mortales. Pero fueron tres años de ensañamiento. En poco más de dos años de guerra y de *limpieza étnica* en Bosnia-Herzegovina han muerto cerca de 300.000 personas. En Ruanda, un pequeño y hermoso país de más de mil colinas enclavado en el centro de África, siete semanas de sangría han llenado de víctimas los ríos, los caminos, los lagos y la selva: medio millón de muertos, medio millón de refugiados en los países limítrofes, casi dos millones de personas arrancadas de sus hogares. Pero nadie podrá contarlos nunca. «La mayor tragedia humana de este fin de siglo», en palabras de Michel Roussin, ministro francés para la Cooperación. Occidente derrama lágrimas de cocodrilo mientras mira hacia otra parte. El secretario general de Naciones Unidas, el egipcio Butros Butros-Gali, proclama su vergüenza y su escándalo ante un genocidio que sólo tiene parangón con la *solución final* de los nazis. Pero las cámaras de gas de Alemania tienen en Ruanda la forma

de un machete. Frente a la tecnología alemana, la intimidad y la cercanía del machete, aplicado de tú a tú en un vis a vis definitivo.

La Radio de las Mil Colinas, portavoz del Gobierno hutu, era muy explícita al respecto: «Las tumbas están sólo medio llenas. Tenemos que completar la tarea. Cometimos un error hace treinta años dejándoles huir al exilio. Esta vez no escapará ninguno. Cuando mates ratas no permitas que una sola preñada escape». Se trata de *nettoyage*, la *solución final* para Ruanda. Grandes cementerios bajo la luna gigante de África. «Suráfrica es nuestro sueño, Ruanda nuestra pesadilla». Otra voz en el puro desierto. Wole Soyinka. «Es preciso olvidar todos los conceptos de soberanía respecto a Ruanda, entrar y poner fin a la matanza. Ruanda está clínicamente muerta como nación». Pero sus palabras no sirven más que para conmover un minuto algunas conciencias, antes de pasar de página, de pulsar con hastío el mando a distancia para cambiar de escenario. La tierra está exhausta tras 90 años de sobreexplotación. Para colmo, la cosecha de este año será, según Naciones Unidas, un 40% inferior a la del año pasado. La esperanza de vida es de 45 años para los hombres y de 48 para las mujeres. Pero eso era antes, antes de que volviera a brotar la voz de las matanzas.

El 14 de abril, una semana después de la muerte de Juvenal Habyarimana, no todos estaban muertos, con esa mueca que se les pinta en los labios a los que lo van a perder todo para siempre, a los que ni siquiera van a tener una tumba propia para esperar y ver si es cierto que después de este valle de lágrimas hay algo que recompense de tanto penar. Un brazo se alzaba entre la masa de cadáveres de hombres, mujeres y niños asesinados con machetes, mazas, cuchillos, lanzas, flechas, granadas y balas. Un brazo se movía en aquel mar de muertos, congelados ante la pequeña iglesia de ladrillo de la parroquia de Musha. Los dos curas no habían podido más que esconderse y escuchar el trasiego de la sangre. «Tras la primera granada, el silencio». El silencio de los seres eliminados sistemáticamente, como «ra-

tas a las que hay que exterminar», como reclamaba la Radio de las Mil Colinas. Fueron más de 1.000 los tutsis asesinados en la parroquia de Gikoró. Y en aquella mortandad, en aquel botón de muestra del genocidio, tan sólo un brazo se alzaba y se mecía como un árbol tierno: sin ofrecer apenas resistencia al aire, sin un gemido detrás. Pero nadie le prestó ayuda. Ni los soldados de la base de La Spezia, que habían acudido para rescatar a los padres blancos, ni yo, que miraba tratando de ver en medio de las tinieblas. Unas tinieblas que se hicieron más y más densas desde entonces. Porque la matanza no había hecho más que comenzar.

Todo comenzó en el siglo xv. Los twa, una tribu de pigmeos cazadores y ceramistas, vivían junto a los hutus, un pueblo de origen bantú, bajo y robusto, dedicado a la agricultura. En el siglo xv llegaron del norte los tutsis, un pueblo camita, originario de Etiopía y Egipto, conocedor del hierro y ganadero. Formaron una sociedad feudal en la que los hutus fueron convertidos en siervos. La vida transcurrió con ese reparto de tareas en que la minoría tutsi dominaba a la mayoría hutu. Los twa permanecieron al margen, y así han seguido, apenas considerados como seres humanos por sus vecinos en esta especie de Suiza africana, al margen de las disputas y al margen de las revanchas étnicas que en el siglo xx han diezmando a la población de Ruanda y de la vecina Burundi, semejante en su desequilibrio étnico. La zona fue colonizada por los alemanes en 1890 y ocupada en 1916 por los belgas, que recibieron en 1923 un mandato de la entonces Liga de las Naciones para gobernar el territorio de Ruanda-Urundi. Los belgas fomentaron la desigualdad de partida forjando una suerte de jerarquía racial. Rompieron el delicado equilibrio. Los tutsis fueron promocionados, disfrutaron de todos los privilegios en la educación, la Administración y la economía. A pesar de compartir el mismo idioma, una cultura semejante y de vivir en las mismas colinas, los belgas reinventaron la historia, y recrearon las imágenes de los tutsis como un pueblo «de gran estatura, fieros guerreros, una suerte de super-

hombres», frente al «más tosco, robusto y lento hutu, condenado a trabajar la tierra». La idea de los documentos de identidad con referencia étnica sólo podía provenir de una mentalidad burocrática con siglos de ordenancismo europeo detrás.

Ese mundo estalló en 1959, cuando la evangelización y las primeras letras alcanzaron también a los hutus, que comenzaron a ser conscientes de su entidad como pueblo minusvalorado, a pesar de ser la mayoría. En 1959 fue abolida la monarquía tutsi y en 1961 fue proclamada la república. Gregoire Kayibanda, un hutu casado con una tutsi, fue el primer presidente. Pero el ciclo de las matanzas echó a andar entonces. Entre 1959 y 1973, las revueltas tutsis y las represalias hutus se saldaron con la muerte de al menos 100.000 tutsis y la huida a los países limítrofes de cerca de un millón de personas, la mayoría tutsis. En 1973, Juvenal Habyarimana, un hutu del noroeste, jefe de la Guardia Nacional, dio un golpe de Estado y se alzó con el poder absoluto. Hasta el pasado 6 de abril, en que un misil derribó el avión en que regresaba de una conferencia de paz en Tanzania. Todos los indicios apuntan a *akazu* ('casa pequeña'), el clan de amigos y familiares procedentes del noroeste del país que se sirvió del poder para enriquecerse, como responsable de la muerte de Habyarimana y de las matanzas que brotaron de inmediato. Unas matanzas que para Amnistía Internacional y para otros observadores han sido organizadas: las primeras víctimas fueron los miembros de la oposición hutu, como la primera ministra, Agathe Uwilingiyimana, asesinada en las primeras horas de su mandato junto a tres ministros y diez *cascos azules* belgas.

Habyarimana, responsable de uno de los regímenes más corruptos de África, gozó durante su mandato de una privilegiada relación con Francia, potencia que armó a su Guardia Presidencial e incluso combatió a su lado contra las unidades del FPR, los hijos de los expulsados en los años sesenta, que en Uganda ayudaron a Yoweri Museveni a hacerse con el poder y ahora han creado una máquina militar que ha conquistado más de la mitad de Ruanda. A pesar de defender la idea de un país

multiétnico y de contar entre sus filas con oficiales hutus, las fuerzas del FPR no son consideradas por el pueblo como un ejército de liberación. No en vano son calificados de *inkotanyi*, nombre de una unidad de elite de la antigua monarquía tutsi que significa «luchadores implacables». Su avance desde el norte ha provocado la huida masiva de la población. Al éxodo inicial de los tutsis que sobrevivieron a las matanzas organizadas por la guardia presidencial y sus milicias se ha unido ahora la huida de los hutus. El FPR invadió Ruanda en 1990. Sus victorias sobre el terreno llevaron a Habyarimana a practicar un doble juego: aceptar un acuerdo e instigar la revancha contra los tutsis. La negociación fue coronada el pasado agosto en Arusha, en la vecina Tanzania, donde se acordó el despliegue de una fuerza de Naciones Unidas para propiciar unas elecciones libres y el reparto del poder entre tutsis y hutus.

Pero todo se convirtió en pavesas el 6 de abril. A la muerte de Habyarimana se desencadenó el genocidio. Aunque Amnistía Internacional asegura que las fuerzas del FPR han cometido asesinatos de refugiados y prisioneros en las zonas ocupadas, la mayor responsabilidad de las matanzas recae del lado del Gobierno. La Radio de las Mil Colinas proporciona argumentos para justificar la revancha. Los tutsis fueron de inmediato responsabilizados del magnicidio. Y a ejecutar la venganza se aplicaron de inmediato los *interhamwe* ('los que atacan [o matan] juntos'), la milicia juvenil del partido de Habyarimana, el MRND (Movimiento Republicano Nacional para la Democracia y el Desarrollo), y los *impuzamugambi* ('los que persiguen el mismo fin'), la sección juvenil de la CDR (Coalición para la Defensa de la República), que defiende abiertamente la eliminación física de sus oponentes y ya había orquestado una violenta campaña contra todos los partidarios de compartir el poder con los tutsis.

El 21 de abril, Naciones Unidas evacuó a buena parte del contingente de 2.700 *cascos azules*. Apenas quedó un retén de 300 hombres, incapaces de hacer nada más que observar el río de muerte, la aritmética de los cadáveres multiplicándose por

doquier: fosas comunes rellenas con el sangriento contenido de excavadoras, niños y mujeres arrojados vivos a pozos con neumáticos ardiendo, ríos desbordados de cadáveres: como el Kagera, que desemboca en el lago Victoria, donde ha provocado una pesca milagrosa de más de 40.000 cuerpos. Y junto a los muertos, los vivos, como los del campo de Ngara, en Tanzania, donde ha surgido de la nada una ciudad instantánea de 350.000 almas (más que la población de Kigali, ahora una ciudad fantasma), sin alimentos, cobijo, medicinas, esperanza. Todo un pueblo está siendo eliminado. Acaso sea la de Ruanda una de las guerras del porvenir, un futuro trenzado de tinieblas. Como explicó un misionero: «No quedan demonios en el infierno. Están todos en Ruanda». La voz de la sangre baja silenciosa. Bertrand Russell, el filósofo británico, escribió para referirse a las matanzas de tutsis de los años sesenta que se trataba de «la más terrible y sistemática matanza» de la que había tenido noticia «desde el exterminio de los judíos por los nazis». El futuro está aquí, y parece cada vez peor.

MADRID

Miércoles, 20 de julio

El resplandor de la muerte. Tal vez por eso escribo cosas dulces. Para apaciguar el estertor de ese río de fuego sordo y turbio: ojos que miran implorando nada.

VUELO BRUSELAS-KINSHASA

Jueves, 21 de julio

La pantalla da cuenta del curso de las cosas. Una ficción. No es más que una representación. Como mis cartas de amor y desapego. Humo y mistificación. El avión parece suspendido, como si el vuelo nocturno no fuera más que un sueño de la física: que

nuestras conciencias se empeñen en creerlo verosímil acaso sea la razón última de que se vuelva real y amanezcamos en Kinshasa. La pantalla va dando cuenta de las ciudades que vamos dejando atrás. Como Tréveris, o Múnich. Desde lo alto, y en plena noche, no se distinguen las pequeñas localidades costeras. No tengo miedo de volver a África, de volver a tocar con la punta de los dedos el infierno de Ruanda. Y no sólo porque Gervasio duerme a mi lado. Ahora sé adónde voy, y hace tiempo que quería volver. Así, mi corazón echa raíces más hondas en África, como un magnolio portugués, no como un baobab bajo cuya sombra toda la tierra es estéril.

GOMA

Viernes, 22 de julio

Al borde del abismo. A pocos kilómetros, incluso a pocos metros, la gente muere en medio de un pavoroso silencio. Pero en este cuarto de hotel hay luz, silencio, cobijo y una mesa. Para volver a encontrarse con los muertos acostados a la orilla del camino, empaquetados en sus propias esteras, como si fueran a ser arrojados al mar. Pero el único mar al que pueden aspirar es una fosa común, donde los rostros adoptan posturas eternas, a punto de ser cubiertos por una tierra polvorienta. He visto camiones abarrotados de cadáveres descargando su mercancía como norias insaciables, y otros muertos sin tapar, a la puerta de este mismo hotel donde ahora vamos a conciliar el sueño. Las primeras luces de la mañana nos arrojaron al aeropuerto de Kinshasa, donde nos encontramos con una marca humana de lobos vestidos de policías temibles y corderos disfrazados de civiles aplicados a salvarnos. A fuerza de rabia, Gervasio nos sacó de un desastre seguro. Ahora estamos en Goma, donde la vida vale todavía menos y más de un millón de refugiados duermen bajo las estrellas.